

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547. - Teléfono 1843
Telégrafo: LIBROJA Horas: de 9 mañana a 4 tarde

CARAS BONITAS



SUMARIO

JOAQUIN BELDA
Sección vermouth

CESAR JALON
La vida es cuento.

ANGEL G. LUGEA
Así aman los dioses.

N. HERNANDEZ LUQUERO
La gracia de tus manos.

F. DE LA ESCALERA
«Camanchile».

JOAQUIN ARQUES
Charla.

LUIS ESTESO
...Y vamos tirando.

A. RODRIGUEZ DE LEON
Miniatura.

TOVAR, OTELO
Y MONPOL

Varios dibujos y retratos de
Carmelita Sevilla y Enrique
Calonge.



5 cénts.

CARMELITA SEVILLA

Guapísima bailarina que ha actuado con gran éxito en el Teatro Romea.



El sudorífico. La pobre Consuelito se moría, se moría á pedazos. Doce días hacía que no trabajaba en su teatro, que había tenido que cerrar, porque sin ella no había espectáculo posible.

La pulmonía le había atacado de firme, y como era la tercera que padecía en su vida, el doctor, aquel simpático doctor Arméniz, que más que médico era un amigo fraternal de la enferma, había perdido ya todas las esperanzas.

—Tarde ó temprano, tenía que ocurrir— le decía una noche á la doncella de Consuelo, sentado junto á la cama—. Esta mujer ha tenido siempre una manera de entender los deberes de su profesión, sumamente exagerada. Y las exageraciones son siempre peligrosas.

Tenía razón el simpático muchacho; porque las tres pulmonías de Consuelito tenían su historia. La primera la pescó una noche de Enero que salió en camisa al balcón de su casa á despedir á un amigo que había estado con ella sumamente generoso; la segunda fué en el teatro, en el propio escenario, trono de su gloria y de su fama: en una pieza titulada *La leche de las Navas*, hacía ella de una de las hermanas Navas, á quien unos ladrones le robaban todo el ropere y salía á escena completamente desnuda y haciéndose aire con un ventilador; á los cuatro días estaba en la cama con cuarenta y tres grados de fiebre y de lirios espasmódicos; la de ahora, ésta que la tenía en el lecho asomando su carita de nene por entre un verdadero almacén de mantas y edredones, tenía un origen más romántico: noches antes un sinvergüenza, maestro en el arte de dar el mico, había intentado salir á la calle sin abonar la cuenta *del gasto hecho en la alcoba de Consuelo*; en ropas menores, ¡muy menores! salió ésta tras el estafador escalera abajo, y como los vecinos, al oír las voces, abrieron las puertas de sus pisos respectivos para gozar del espectáculo atrayente, se estableció una de corrientes de aire que

aquello parecía el estrecho de Gibraltar.

—Si no suda antes de veinticuatro horas, la perdemos para siempre— dijo el doctor con angustia.

—Pero, señorito, ¿como va á sudar si no lo ha hecho con los frascos de agua hirviendo ni con las inyecciones esas alemanas?

—Ya, ya...

La chica salió á dar una vuelta por la cocina. El médico, solo con la enferma, la contempló. Siempre le había gustado á él aquella criatura, y ahora, con la enfermedad, ¡cosa rara! la encontraba más hermo-

DEL MADRID... MODERNO



—Pero, ¿por qué os da tanto reparo la guerra?

—Chica, porque allí no se tienen más «que heridas».

sa: con las ojeras agrandadas como lirios que se abren, y con un tono de marfil añejo en el rostro, que acentuaba su aspecto de niña.

Se despertó; miró á su acompañante, y con un hilillo de voz que parecía el balar de un corderillo, le dijo:

—¿Aún está usted ahí, doctor?

—Sí, hija mía. ¿Cómo va?

—No sé... ¡Si yo pudiera entrar en calor!...

En los ojos de Arméniz brilló el relámpago de una idea.

—Es indispensable. Pero... sólo hay un medio...

—¿Cuál?

—Que una persona de su confianza, de

su entera y absoluta confianza, y además, que no tenga miedo al contagio... se... meta con usted en la cama .. y...

La lámpara de diez bujías, que velada por una pantalla verde era toda la luz que había en la estancia, sufrió un eclipse inexplicable. Se estableció el reinado de las tinieblas... Consuelo sudó aquella noche más que un padre para mantener á doce hijos.

Y gracias á Dios se puso buena. Pero como en este mundo el mal y el bien no desaparecen nunca, y no hacen más que mudar de sitio, Arméniz, al mes de aquello, tuvo que salir para una clínica de Alemania donde aplicaban el Salvasán como los propios ángeles.

Joaquín BELDA

Lectores y lectoras: no olvidarse que el baile de

La Hoja de Parra

se celebrará el día 14.

DESPUÉS DEL BAILE



—No extrañen las lectoras que, de antemano, sepamos cómo van á salir del baile que organizamos para el día 14. Lo sabemos porque, como dice Prudencio Iglesias, nuestro baile va á ser de los que tiran de espaldas.

¡ALERTA ARTISTAS!

La vida es cuento.

Si yo me hubiese llamado Pedro, y después de Pedro, un Calderón de la Barca, que no quiero llamar Calderón á secas para que no se confunda con esas cursilísimas impostaciones de voz del señor Sagi Barba; si yo fuese, repito, don Pedro Calderón de la Barca, no hubiese escrito *La vida es sueño* ó, en todo caso, no la hubiese escrito en verso, porque después de los cantables de *Las Golondrinas*,

musicar las décimas del clásico, fuera inferir una grave injuria á la literatura y al sentido común.

De todas formas, yo, en el cutis de don Pedro, no hubiese dicho *La vida es sueño*, sino «La vida es cuento».

Y si alguien encuentra disparatado el título, que se dé unas vueltecitas por las líneas siguientes, y otras (otras vueltecitas, no otras líneas) por Criptana y verá que en este mundo, dentro y fuera de la Mancha, todo es cuento; cuento de color... por más señas.

El tren llega de noche á Criptana.

Vista de día, la estación es, seguramente, una de tantas casitas de cartón-piedra que conocemos de vista en mil decoraciones del teatro fantástico ó imaginario y del teatro real (aludo al teatro de la vida).

La noche de mi llegada á Criptana, hacía frío; un frío asesino que se incrustaba, como una cataplasma de hielo, en el espacio de pecho que deja al descubierto el chaleco.

Al mismo tiempo que yo, descendieron del convoy, allí, por la cola, tal vez del último coche, dos mujeres.

A medida que se acercaban, fui precisando paulatinamente... Eran dos mujeres: dos mujeres jóvenes; jóvenes y... ¿artistas?...

Si, si; eran artistas. Lo supe, á poco, cuando de la puerta de la estación se destacaron de un grupo, no sé bien si dos ó tres hombres.

Juro por mi fe que, aunque se destacaron, eran tres hombres vulgares.

—¡Hola, señoritas! — dijo uno de ellos, avanzando hasta ponerse á ras de las viajeras, y tendiéndoles después la mano que tampoco la obscuridad de

GEDEÓNICAS



—Estoy desconsolada. Pepito me ha dicho que ya no volverá á verme más en la vida.

—¡Pues fuera de la vida, va á ser difícil que te vea!...

la noche me dejó ver si efectivamente les tendía la mano ó echábasela, con una familiaridad gañanesca, por encima de los hombros á las recién llegadas.

A todo esto, un chico se había hecho cargo de mi equipaje. Y como advertiese mis observaciones guiñando, picaresco, un ojo:

—¡Son artistas! —murmuró.

—Artistas, ¡claro! —confirmé también en voz alta.

A lo que agregé mi *cicerone*:

—Vienen todos los viernes; trabajan aquí las noches del sábado y del domingo, y el lunes...

—El lunes, ¿á casa?

—¡Quí! No, señor. El lunes pasan el día completo con los empresarios.

—Pero, ¡chicol...

—Sí, señor; lo que usted oye. Tienen el teatro para eso. Es decir, para eso y para lucirse á la vista del vecindario, que los cree unos calaverones.

—Mire usted —añadió,

—desde la estación al pueblo hay una hora de camino. El pueblo está ahí, donde esas lucecitas... Pues ellos, los empresarios, vienen á recibir el «género» (el género de variedades) con una tartanita. Ahí entran las artistas, y cuando salen, están más blandas que una breva.

—¡Claro, claro; del viaje!

—No, señor, no. Del viaje, no; de los «viajeros», es decir, de los acompañantes.

En este punto de la conversación, precedida de ruido de colleras y cascabeles, pasó á nuestro lado la tartana. Poco después sonó, estridente... ¿una carcajada?... ¿un gríto?...

Dos, tres, cuatro, hasta seis veces hice pasar mi tarjeta al camarino de las artis-

DEL MARIDAJE ARTÍSTICO



La artista.—Mira, no te ofendas. Ese que he saludado es un empresario.

El.—Claro; así me explico que en ningún salón haya público. ¡Si todo el mundo es empresario!

tas. Aquella noche, la primera de actuación, no me fué posible verlas.

—No puede ahora; está el empresario en el cuarto.

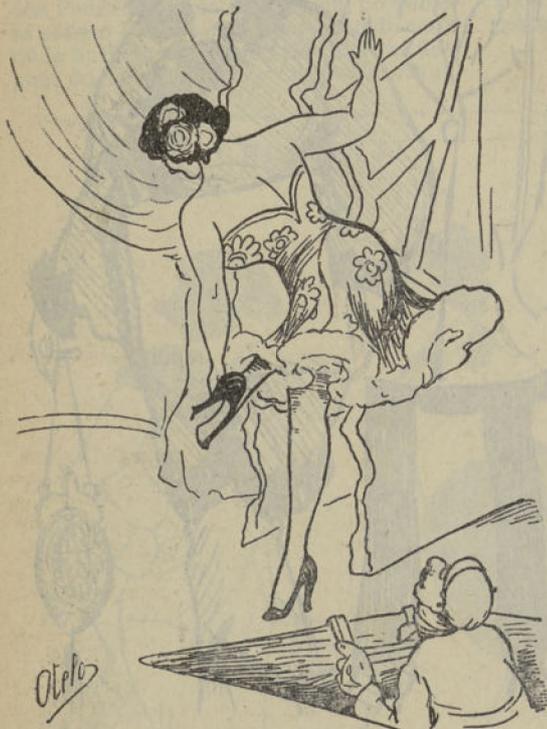
Y la misma contestación, como obtenida con un cliché, hubo de repetirme el acomodador, cuando la noche siguiente intenté de nuevo entrevistarme á mis compañeras de viaje.

—¡Pero es que siempre está el empresaria-

rio en el cuarto? —pregunté, al fin, una de las veces, un tanto amoscado ante la pertinaz negativa.

—Sí, señor; siempre está, ó por mejor decir, están, porque son tres. Precisamente estas artistas les traen de cabeza, porque no acceden á lo que ellos quieren; y,

CUESTIÓN DE APRECIACIÓN



—¡Jesús, qué asco! Con lo pequeño que tengo el pie, y no me entra. .

—¡Es que no lo tiene usted tan pequeño!

figúrese usted: si lo hubiesen sabido, no la contratan...

Le dejé con la palabra en la boca. Acababa de atalayar la gentil figurita de una de las artistas al atravesar un pasillo.

Pasé por todo—al contrario de ellas, que no quisieron pasar por nada... de lo que aquellos sátiros la proponían—; pasé por todo y la abordé.

¡Dos horas de interviú! ¡Pintoresca interviú, que prometo «servir» algún día á mis lectores!

Me contó el asedio de que eran objeto. Cómo aquellos industriales se las disputaban. Cómo entraban y salían en su cuarto, adoptando cierto enfático aire de misterio para que la gente creyese qué sé yo las cosas... Y la mar, la mar...

—¡Son unos grullos! ¡Son unos grullos! —decía riendo la simpatísimísima muchacha.

Y al despedirme, todavía me detuvo un momento:

—¡Ah! Se me olvidaba, amigo mío. Tengo un miedo enorme, porque temo que hagan conmigo alguna fechoría al llevarme esta madrugada á la estación.

—Disponga usted de mí —la contesté emocionado.

—No; vendrá el fondista. Es muy buena persona. Un pueblerino, de estos que ya van escaseando; toscó, pero bueno, buenísimo.

Sin embargo, tendré el gusto de verle en Madrid, ¿no es esto?

—¡Con mucho gusto! —Y la ofrecí mi tarjeta.

—Gracias —repuso—. Y ahora una cosa en secreto. Como estos grullos no me dejaban respirar, por quitármelos de encima, es decir, por no ponérmelos, á todos les he prometido que en Madrid verán cumplidos sus deseos, para lo cual les he dado como mío el domicilio de un especialista... ¡Jal! ¡jal! ¡jal! ¡Son unos grullos!...

En el mismo tren volvimos á Madrid.

Ya en el andén, me despedí hasta pronto de las artistas; pero una, la de la interviú, me indicó con la vista un sujeto, y rezongó:

—¡Ese es uno! ¡«Cebollino» le dicen allí! Y... era. Era, sí; porque á las siete de la tarde entró un individuo de sus señas en el consultorio del especialista, á cuya portera confíe aquella mañana el encargo de observar los tipos de los «consultantes»...

Decididamente, ¡la vida es cuento!

César JALÓN

¡QUÉ PERROS SON!



—Los perros de este trineo son la mar de «perros». Siempre me dejan caer cuando no viene Augusto...

Así aman los dioses

I

RECIBIÓ la primera carta al despuntar la luna por el Oriente.

«Había cazado dos hipopótamos en las riberas sagradas de los ríos del Indestán.

Aquello era maravilloso. Al salir del agua... ¡zás! El rifle mejicano no fallaba un tiro.

Después, un piel roja que le había seguido desde la Tierra del Fuego, liaba dos pitillos, y tras saborearlos ricamente, se perdían entre la floresta al vertiginoso correr de los raudos caballos berberiscos.

La vida de aventuras que ella no ignoraba, iba devolviendo á sus nervios la firmeza que les faltaba. Ya no crujía su esqueleto. Ya no se rompería cualquier noche al esfuerzo impropio que tenía que hacer para calmar los nervios de su Berta; la mujer fuerte y vehementísima como Eva y Cleopatra.

Por la primavera volvería á Madrid con el corazón y el cerebro fortalecido. ¿No

veía su letra uniforme y segura? Los puntos trágicos que, como pájaros diminutos surcaban el azul, se esfumarían del todo irremisiblemente. Y el pulso, á ratos huido, y á ratos macilento, normalizábase á su antojo, produciéndole en las entrañas una limpia sensación de alegría infantil, jamás gustada.

¡Qué grande era aquél Dios que le devolvía la vida!

Quizá mañana, dentro de tres días, estrangularé serpientes ó lanzaré el puñal por los aires para clavarlo en el corazón de los elefantes blancos.»

El neurasténico, el engenéro de endiosados, firmaba la misiva con el nombre romántico de Leandro de Silva.

Berta pidió á San Juan Evangelista que guardara á su extraño compañero de los caimanes y de los tigres.

II

Finalizando Octubre, Berta recibió la visita de Bracamonte. El ilustre alquimista venía de arribada forzosa para decirle la verdad. Su marido, ni estaba loco ni enfermo hasta la fecha. Vivía en Cádiz escandalosamente, derrochando su oro.

—¿Eh?

Berta no entendía bien al anciano, que la miraba fijamente, con sus ojos redondos de besugo.

Ella tenía pruebas culminantes. Cartas firmadas en Calcuta, en Alejandria, en Pekin, en Varsovia...

Farsa. Amigos que, conociendo sus extravagancias, pusieron los sellos en las cartas que él les mandó.

Berta no oyó más; no quiso saber más.

VIDA Y DULZURA...



—¡Vaya con el viejo! ¿Pero justed se ha creído que, en efecto, soy un caramelo de los Alpes?

Si estaba en Cádiz, á Cádiz iría ella para matarlo á dentelladas.

III

¿No mentiría Bracamonte? ¿Ella tuvo un largo sueño la noche anterior?

No... no. La alfombra estaba manchada de barro.

Alguien entró en su casa para mancharla, y ese alguien era el alquimista, el amigo íntimo de su padre, el no aceptado por ella para esposo, el atormentador de su alma, el sátiro.

Seguramente se vengaba injuriando á Leandro, tan bueno... tan extraño.

Este hombre que manchaba las alfombras de barro cuando llovía, mancharía también las honras seguramente.

¡Si pudiera retroceder! Porque... ¿á qué iba á Cádiz? Dudar del marido era no quererlo; sospechar que pudiera traicionarla, dar á entender remotamente que ella lo haría.

En Utrera bajó del tren para buscar agua.

La sed la devoraba.

Le dió un brinco el corazón al verlo allí, rarísimo.

—¡Oh!

—¡Cómo! ¡Tú eres!

Feliz, creyó morir entre los brazos del vigoroso, como Sansón.

—Este, soy yo.

Se instalaron en el departamento que ocupaba él.

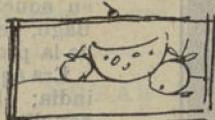
El piel-roja abrió un maletín de piel de Rusia, sacando un puñal con el mango de nácar.

—Lo compré en Bombay para clavárselo en el corazón á un hipopótamo.

Berta, embobada, absorbía el aliento de Leandro sin hacer gran caso á la conversación. Sólo se estremeció ligeramente cuando supo que el hipopótamo estaba en Madrid.

¿Estaría loco su marido? ¿Iría al Retiro á hacer lecuras?

DE LA NOCHEBUENA



Ella.—Este año hemos celebrado la noche peor que el anterior: no he bebido más que media botella de Jerez.

El.—Y el año que viene te tendrás que conformar con medio chico.

—No te asustes. Los pieles-rojas saben matar hombres y hienas.

El piel-roja sonrió mostrando sus enormes dientes, que brillaron bajo la lámpara.

—Hombres que descarnan honras, que envían cartas como ésta. Lee: «... la hice experimentar sensaciones que jamás tu impotencia podrá hacerla sentir.»

—¡Horrible! ¡horrible! ¿Y creíste?

—¡Berta! ¿Dudar de ti? ¡Sería estu-
pendo!

Cayó halagadísima entre sus brazos, ofrendando su purísima frente al hombre ideal, al único que no dudaba, porque la quería como quieren los dioses.

Angel G. LUGEA.

La gracia de tus manos.

En días de borrascas interiores, ciegos mis ojos de entrever negrura, mi alma cerrada ya á la conjetura probable de gozar horas mejores,

de mi frente enjugó los trasudores la de tus manos cándida blancura, y alivió por ensalmo la tortura de alimentar mis sueños de dolores.

Y al roce tibio de tu piel de seda, como á un conjuro, las tristezas mías disolvíanse en polvo de humareda...

¡Oh, el aroma de días ya lejanos, en que mi frente serenar sabías con la gracia impoluta de tus manos!

N. HERNÁNDEZ LUQUERO

LOS NUESTROS



Enrique Calonge.

Afortunado autor de *El cofrade Matias*, que con tanto éxito se representa en Novedades. Que sepamos nosotros, le han pedido la obra los teatros de Barcelona, Valencia y Sevilla. Que no sepamos, habrá tenido la mar de pedidos, porque el «Cofrade Calonge», conocido en el mundo de las «letras postales» por «Postal Hito», es, como puede verse, un buen mozo. Hace poco pretendió ser soldado de Marina, cuyo cuerpo le gusta muchísimo; pero desistió de ello al enterarse de que Marina no se separa de Mari.

 Lea usted

Teatros y Salones

Revista Artística decenal.

Precio: 15 céntimos.

“CAMANCHILE,,

I

Chong, la mestiza, y Juan, el colono español, daban mucho que decir á los comentadores de la comarca y del contorno en aquel castizo arrabal de Pamaraun-Bago, perteneciente al distrito de Malolos, de la provincia de Bulacán, en Filipinas.

Era aquella una barriada genuinamente india; el alma tagala tuvo siempre en aquellos caseríos sus nidos predilectos.

Juan, enriquecido con el negocio del tabaco, tan productivo en semejantes latitudes, era un pequeño rey en sus haciendas; pero rey bueno: una de esas moscas blancas que se dan...

Los indios que laboraban para él, le querían como á un padre: él no pegaba, ni era injusto, ni era déspota... Creía firmemente que una caricia era más eficaz que un latigazo, y sólo con dejar de acariciar se hacía sentir.

Era joven, inteligente, bueno, y los indios le veneraban con razón: el que siempre abra caricias, recoge siempre amor. Se hallaba solo en Filióinas, sin más familia que su perro *Camanchile*, can chiquito, lanudo, blanco, cariñoso...

Y el colono, que, como todos los habitantes de aquellos países tropicales, gustaba de madrugar, tenía la costumbre de levantarse al empezar á amanecer, salir en seguida, dar sus instrucciones al capataz de la hacienda y marcharse después al bosque, á la montaña, solo con su perro, llevándose la escopeta al hombro y el desayuno en el morral. Ya en el campo, sobre un montículo entre el bosque de cogón, tomaba asiento sobre una piedra cualquiera, y, siguiendo antiguas costumbres campesinas de España, sacaba su desayuno del morral y se lo comía ávidamente, con el apetito glotón de la sana y la plena juventud.

Entonces Juan se dejaba llevar de sus nostalgias y añoraba melancólicamente su tierra nativa, sus amores remotos de niño... y empezaba por sonreír y acababa por suspirar: el anverso y el reverso de la medalla de la sensación.

Y á su regreso volvía á la hacienda rodeando, para pasar, como de costumbre, por las cercanías de la casa de Chong, la radiante mestiza viuda, la mujer más hermosa del contorno, que vivía sola, como él, desde que perdió al marido. Y precisamente á tal hora, Chong, después de salir del baño, se hallaba ante el suntuoso bal-

sonaje de la «caída», mirando alegremente al cielo, al campo, al mar, los tres libros de poesías más hermosos que han salido de la mente del poeta Dios.

II

Hacia va algún tiempo que hallaba Juan cerrado el balcón de sus ensueños.

Chong no se asomaba como antes, no tenía para él su sonrisa y su saludo predilectos. Esto le dió que pensar al español, y, como las contradicciones han sido en todos los tiempos el más fuerte acicate del amor, Juan fraguaba un plan de campaña decisivo que la obligase a rendirse.

—Si yo la fuese indiferente... pero me consta que no.

Y por amor propio, violentándose, dejó Juan de pasar por delante de la vivienda de Chong.

El amor propio lo domina todo cuando se trata de un hombre digno; es napoleónico, colosal...

III

Una mañana, Juan advirtió que su perro *Camanchile* ladraba y olfateaba con inquietud entre el bosqueje.

—¿Qué será? Algún *dahaapalay*, sin duda; esos reptiles venenosos son los señores del bosque. ¡Ven, *Camanchile*, aquí—gritó.

Pero el perro no obedeció; entonces se aproximó Juan á la barrera de cañas que cerraba la pequeña llanura, para detener al perro y para ver; pero retrocedió vivamente.

—¡Ella, Chong!

Se agazapó, contuvo entre sus manos al can y acechó. Y vió que al otro lado de la vallada, la hermosa mestiza peleaba casi á brazo partido con un indio que pugnaba por violentarla. Vió que ella se resistía, horzando, suplicando, y que él, excitado

por el momento, por la pasión, la aferraba entre sus brazos convulsos de atleta, de estatua de bronce, y que la envolvía en una poderosa mirada de felino.

—¡No; si no has de ser del español: la castila es para mí si tú no te decides á serlo! ¿Ves, Chong? ¡Te lo pido por el Kundi-man, que es el dios de mi catecismo!

NOTAS DE UNA CAMPAÑA



—¡Uf! te veo por el espejo; cada día estás más calvo, y eso que usas el petróleo Gal.

—Pero si ese petróleo es una tomadura de pelo...

—¡Eso no, por Dios; nunca; que no le pase nada á él! ¡Aunque tenga yo que sacrificarme! ¡Anda, gózate, ruin: aquí me tienes: me ganas por cobarde, por traidor! Juan ya no pudo seguir oculto.

—¡Eso no! —dijo, abriéndose paso entre las cañas.

El indio se levantó como una pantera, de un salto nervioso, colosal.

Pero Juan le tenía encañonado con el revólver.

—Eso, no; —le repitió friamente Juan.

La mestiza quedó desmayada sobre la hierba.

—Así, sí; es de usted —le dijo á Juan el indio sonriendo con ironía—; si no...

—¿Si no, qué?

—Con igualdad de armas...

Juan lanzó una blasfemia, tiró el revólver, la escopeta, sacó el puñal y le dijo:

—¡Defiéndete!

El duelo empezó.

IV

Juan está muerto. Declina el sol del octavo día después del duelo.

LA «FUERZA» DE LA COSTUMBRE



EL.—¡Qué barbaridad! ¡Cómo se moja usted! ¡Qué tiempo! ¡Qué piso!

ELLA (distráida).—El cuarto.

Camanchile, el perro del colono castilano, lanzando un postrer ahullido lastimero, al lado del cadáver, ya descompuesto, de su amo, entre las penumbras del cogonal... espira...

Francisco de la ESCALERA

CHARLA

HE conocido muchos cómicos con mala pata; pero ninguno como Nicomedes. Este infeliz nació acompañado de tres pelones más; y, claro, su madre murió de resultados de *aquello*, y el padre se fué donde no se supiera más de él.

Y de aquel tremendo parto sólo quedó Nicomedes, para mayor desdicha suya.

Sus primeros años los pasó en compañía de un sacristán y una sacristana de un convento de monjas. Y allí aprendió á cantar, con una voz que asustaba á las madres por lo cascarrada y profunda.

Cuando Nicomedes se dió cuenta de esto, se escapó de la sacristía y se fué á Toledo, donde en aquella época actuaba una compañía de zarzuela del género grande.

El pobre muchacho se dirigió al coliseo, y una vez ante el director, se expresó de esta manera:

—¡Quiero ser bajo!

—¡Caramba! —exclamó el director asustado, más por la voz que por la pretensión.

—¡Quiero ser bajo! —siguió Nicomedes, apretando más.

—Está bien, hombre; para eso no es necesario dar esas voces.

—Pues aún tengo más.

—Eso después lo veremos, cuando tenga la escuela que le hace falta. Ahora cantará usted en el coro para irse acostumbrando.

Así fué la entrada en el teatro del nunca bien ponderado Nicomedes.

A los tres meses ya hacía papelitos, y á los cuatro se había casado con la característica.

¡Infeliz Nicanor!

Aquella mujer le hizo ver un cielo en perspectiva y le trastornó todos los sentidos.

Antes de comenzar la función salía de su cuarto y se dedicaba á atisbar por los agujeros de las cerraduras, buscando lo que no hallaba en su esposa... juventud, belleza, atractivos enloquecedores.

Una noche se puso á mirar por el ojo de la llave del cuarto de la segunda tiple.

La chica en aquel momento lucía sus formas tranquilamente, en la creencia de que nadie la observaba.

Calculen ustedes cómo se pondría el animal de Nicomedes.

Vamos, que no se pudo aguantar, y comenzó á dar voces destempladas, diciendo:

—Esto es portentoso y maravilloso. No caben mayores perfecciones. ¡Cristo, qué pantorrillas!... ¡Oh! Y los pantalones son de precio... ¡Gachó, qué corsé y qué turgencias!... ¡Olé por las mujeres dislocantes!... *Espera, niña, espera, que voy allá.*

Y, claro, á estas voces llegaron algunos coristas. entre ellos el padre de la muchacha, y no fueron puntapiés los que recogió el pobre Nicomedes pues ni por esas.

Cuando creía que nadie le observaba, se embutía en una puerta, y provisto de un cristal de aumento, procuraba empararse bien de lo que ocurría en el interior del cuarto de una artista.

Viendo la monomanía de este desdichado, le cogió una noche el traspunte y le dijo:

—Eres un tonto, Nicomedes.

—¿Y eso por qué? —contestó éste.

—Pues, hombre, muy sencillo; porque sólo te dedicas á inspeccionar los cuartos de las mujeres.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que en los cuartos de los hombres también encontrarás cosa buena.

—Eres un sinvergüenza.

—¿Pero es que tú ignoras que el tenor recibe en su cuarto visitas de amigas íntimas?

—¿Es verdad eso?

—Tan cierto como dos y dos son cuatro.

—¿En el número cinco?

—Justo.

—Pues deja, que yo me enteraré de todo, y como sea verdad, lo va á saber todo el mundo.

«LUCI», LA DESCARADA



La popular «Luci» de quien se ha dicho que es tan descarada como la leche, porque, como la leche, se pasa la vida puesta en jarras.

Nicomedes no habló más; y preparándose con el cristal de aumento, se dirigió hacia la puerta del cuarto del tenor.

La casualidad le protegía, porque no había persona alguna en el pasillo.

El bajo curioso llegó hasta la puerta, que por cierto estaba cerrada; aplicó el oído, y sonrió como un sátiro.

Dentro había dos personas: un hombre y una mujer.

—Aquí de la lente —se dijo Nicomedes. Y pegando las narices á la puerta, trató de mirar como de costumbre; pero el chasquido de un beso le hizo apartar la cara murmurando á la vez:

—Me voy á calzar el gran espectáculo. ¡Oh! Ese traspunte vale un tesoro, y me parece que se ha ganado una propina.

Pero al llegar aquí tuvo que separarse un poco del cuarto del tenor, para no in-

fundir sospecha sen el baritono, que cruzaba el pasillo en aquel momento.

—¿Qué se hace, Nicomedes? —preguntó con cierta maliciosa sonrisa.

—Nada, absolutamente nada —contestó el aludido—; espero el instante de salir á escena.

—Pues mucho ojo con su papel, que es de suma importancia.

—No mucho.

—Más de lo que usted se figura... sobre todo por lo dramático.

—Se hará lo que se pueda. ¿Pero usted no va al escenario?

—Sí, hombre, sí; ya me voy. Parece que tenga usted deseos de quedarse solo en el pasillo.

—No, señor; no crea usted que voy á mirar lo que pasa en el interior de los cuartos... ¡cal! ¡Dios me libre!

—Eso. ¡Dios le libre! —murmuro el baritono, y se alejó riendo.

Ya no se pudo contener Nicomedes, y aplicando el ojo al hueco de la cerradura, miró. dió un grito de bajo profundo y se quedó sentado en el suelo.

Había visto al tenor en brazos de la característica.

¿Y ustedes creen que por esta infidelidad de su esposa se le ha quitado el vicio de mirar?

¿Ustedes se figuran que ha dejado en paz los ojos de las cerraduras? ¿Creen ustedes que Nicomedes ha *sentado* la cabeza?

Pues no, señores. Aún sigue lo mismo; y cuando alguien le increpa ó le da un puntapié, exclama muy tranquilo:

—Espío á mi esposa.

Joaquín ARQUES

... Y vamos tirando.

Por un pueblo de la Mancha pasó cantando un cabrero, y salieron como lobos, contra el ganado, unos perros.

Viendo el zagal el peligro, cogió un guijarro del suelo; pero no pudo arrancarlo del empedrado, y gruñendo, decía: —¡Pero qué gentes más bestias! ¡pero qué pueblo!

¿Pues no sujetan las piedras y dejan sueltos los perros?...

Se marchó á la guerra Antón, y como tardó en volver, con un joven de Chinchón se le enredó la mujer.

Antón regresó á su aldea, y al ver á su esposa madre, le dijo Antón: —Dorotea, lo asesino; por mi padre...

Y agarrando por detrás al joven enamorado, el pobre Antón no hizo más que tenerle acogotado.

Y echando los entresijos, la Dorotea gritó:

—Antón, no lo mates, no, que es el padre de tus hijos.

Luis ESTESO.

ANTES DEL BAILE



—Voy á probar á ver si voy al baile de LA HOJA DE PARRA el día 14. Si me queda una hojita, es que Pedro me va á llevar; si no queda ninguna, es que... me llevará otro.

MINIATURA

¡Quisiera veros bailar...
en elegante «soirée»,
quisiera veros bailar
un «minué»!

(Yo he visto vuestra figura
—de minué ó tarantela—
pintada en oro de ocaso,
decorando la tiesura
de un abanico de raso
de los tiempos de mi abuela.)

Quisiera veros bailar
un «minué»,
para poder admirar
vuestro breve y lindo pie.

Figuras ceremoniosas:
figuras dulces, pomposas,
estudiadas y severas;
empolvadas cabelleras;

lluvia de fragantes rosas
y risas cascabeleras
en elegante «soirée»
son motivos del «minué»
que quiero veros bailar.
para poder admirar
vuestro lindo y breve pie.

Señora:

Quien os adora,
en elegante «soirée»,
quisiera veros bailar
un «minué».

A. RODRÍGUEZ DE LEÓN

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PBSETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 8.º

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843



Almanaque "Cupido," para 1915.

Se ha puesto á la venta este popular almanaque. Publica historietas alegres, poesías y cuentos picarescos, ilustrados con profusión de dibujos y desnudos artísticos.

Cincuenta céntos. en toda España.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioscos de periódicos de España y América. Remitiendo pesetas 0,75 en sellos de franqueo de España, ó por Giro postal, se enviará á quien lo desee dirigiéndose á la casa editorial de

B. Bauzá. Arribau, 175, Barcelona.



HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, &, viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Lea usted "Teatros y Salones,"

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA



LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO

MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2^{tos} tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á *Antonio Ros, librería, Jacometrezo, 80, 4.º deracha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación por mayor, de Revistas Ilustradas y periódicos á los señores libreros y Corresponsales de España y América.*